

paraíso se necesita

● **Guillermo Díaz-Plaja: LOS PARAI-SOS PERDIDOS.** Barcelona, Seix Barral, 1970, 210 pp. Distribuye: Alfa.

UNA de las tantas maneras de combatir el ocio es escribir sobre el ocio. Eric Weber perdió su tiempo citando 538 obras sobre las distintas maneras de perder el tiempo. Díaz-Plaja resuelve escribir la 539. Su curiosidad arranca de los hippies, sobre los que acumula precedentes en un desmañado vagabundeo por la historia y por tópicos afines, forzando a veces vicinidades que el carácter amable y divagante de la obra vuelve perdonables. No será menuda sin embargo la sorpresa del lector al encontrar entre los precursores de los hippies nada menos que a Rodó. Pero el autor se propuso un periplo completo, y no era cosa de saltarse nada.

Empieza por proclamar que en el principio fue el ocio; al hombre recién creado no le correspondía otra tarea que la de contemplar la creación. El trabajo llegó después, como un castigo, y el paraíso quedó desde entonces como una nostalgia de la que el hombre no pudo desprenderse más, ni siquiera cuando hace propaganda para el turismo. Desde que el ocio es libertad, el hombre volverá de mil maneras por su reconquista, contra la coacción con que la sociedad y su orden utilitario pretenden imponerle un cauce estricto a su real gana. El ocio y el juego aparecerán así como una actitud fundamental y recurrente. Platón y Aristóteles, Virgilio y Horacio, la Edad Media, el Renacimiento y la Edad Barroca, proveen a Díaz-Plaja de abundante material aprovechable; y luego Schiller, con su supervaloración del juego como influencia de la razón

y la sensibilidad y como una combinación entre figura y vida. El "Homoludens" de Huizinga viene entonces que ni de encargo, así como esa especie de anéndice que le agregó Caillois con su "Teoría de los juegos". El pensamiento en lengua hispana está representado por Ortega y Aranguren, con sus maneras en cierto modo análogas de reivindicar la integridad de la persona a través del ocio "cum dignitate", sin que por eso se menosprecie, en Rodó, "la dignidad del trabajo útil". Se encaran luego derivaciones naturales del tema; la "Teoría de las clases ociosas" de Veblen proporciona esquemas útiles. El nomadismo y la

lucha al Caballero y al Pícaro, los dos andantes por antonomasia. Y activos, sea dicho de paso, aunque como consecuencia de sus ocios, pues su no hacer es en realidad un hacer a contrapelo de la sociedad, cuya ordenación imponen en tela de juicio y a prueba de su actividad heterodoxa. El teatro como juego y la lírica como escarnatoria y protesta, motivan nuevas especulaciones así como Don Juan, el siglo XVIII y sus pelucas, la máscara en Goya y según Larra bandidos, bohemios, románticos y el Félix Krull de Thomas Mann como prototipo del pícaro moderno. Tan profuso despliegue predispone, según pretende el autor, a reconocer la generalidad y, dentro de ella, la especificidad del hippy, ese automarginado que viene de Adán a través de Homero, y que corporiza el momento actual de una dialéctica que habrá de continuarse indefinidamente.

Basta en efecto que el hombre organice materialmente la satisfacción de sus necesidades, para que no tarde en darse cuenta que ha dejado afuera la necesidad básica de ser él mismo y de salirse de todos los carriles. La felicidad —descubre entonces— no se fabrica. No hay soluciones privilegiadas como el "American way of life". No hay caminos, sino andares. Marx, frente a esa propensión anárquica, queda naturalmente fuera de juego. Si lo que rechaza el hippy es la sociedad de consumo, no es en efecto para reformar las estructuras, sino para negarlas todas. La dictadura del proletariado no tiene así nada que hacer; no hay otra eficacia que la de empuñar una flor.

Aunque número, el autor dice simpatizar con estos santos último modelo. Pero no deja al final de asomar sus orejas un conservadurismo de reserva, inmune a toda dialéctica, aun a ésta de la mera flor. En una página algo apurada asesta así atroces sospechas: droga y pornografía amenazarían por esa vía la moral tradicional y las bases mismas de la sociedad. Está bien ser santos, pero no tanto.

Aunque el libro pasa revista a tantas cosas que no puede dar cumplida razón de todas, vale como aproximación al tema e incitación a determinaciones más precisas. Basado en obras ya clásicas, desmonta un panorama que en muchos pasajes abre sugerencias de indudable interés. Entre otras cosas, se hace sentir la falta de ese capítulo que podría agregar un rioplatense, sobre atorrantes, bichicomes, caminantes y tomadores de mate, típicos representantes de ese far niente que no siempre es "dulce". Y, también entre nosotros, considerar la difusión de lo exterior del hippy, esa inocua exhibición del símbolo que es casi una constante de nuestro sometimiento colonial, tanto en el rubro del orden como en el de la aventura.

WASHINGTON LOCKHART.